

*LOS MONÓLOGOS DE LA VAGINA Y HOMBRES EN ESCABECHE:
DE VIOLENCIA, AGRESORES
Y VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO**

Lai Sai Acón Chan

RESUMEN

Este análisis de dos obras literarias fue concebido como una manera de insertarse en una cruda realidad del mundo contemporáneo —la agresión doméstica, reivindicar a las víctimas, reeducar a la sociedad costarricense y reconstruir el proceso por el cual las mujeres podrían adquirir una identidad sexual sana que las convierta en sujetos y no en objetos de los designios patriarcales.

ABSTRACT

The analysis of domestic violence in the light of two literary works will serve to (1) reveal a worldwide reality whose effects usually bring about appalling consequences, (2) somehow vindicate female victims of violence, (3) reeducate the Costa Rican society and, at the same time, (4) reconstruct the process by which women acquire a healthy sexual identity and become subjects.

El fin fundamental de esta investigación es exteriorizar la labor de denuncia social contra la violencia de género por medio de la identificación y definición de tipos de agresión, agresores y víctimas tanto en el plano real como en el plano literario. Al introducir al lector a un tema tan candente y actual desde la perspectiva de dos sociedades occidentales tan disímiles como la sociedad norteamericana y la sociedad latinoamericana, es mi propósito reivindicar, de alguna manera, a la mujer

agredida y educar a la sociedad por medio de un análisis detallado de dos obras literarias que reconstruyen el proceso por medio del cual la mujer se transforma en un sujeto gracias al reconocimiento de su identidad como ser sexual. La aclamada obra de la dramaturga y actriz norteamericana Eve Ensler, *Los monólogos de la vagina* (en cartelera en San José en el año 2001), y la obra costarricense *Hombres en escabeche* (en cartelera a finales del 2000), escrita por la también actriz y dramaturga Ana

* Este se constituye en uno de los tres artículos (los otros dos han sido publicados en *Escena* y la *Revista de Filología y Lingüística* de la Universidad de Costa Rica, (UCR) generados por el proyecto de investigación titulado “El proceso de subje-

tivización de la mujer a través de su identidad sexual”, un proyecto del Programa de Género e Identidades del Centro de Investigaciones en Identidad Cultural Latinoamericana (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica.

Istarú fueron escogidas precisamente por la temática y por la crítica poética pero incisiva que ambas autoras hacen en contra de la violencia de género.

A. DE VIOLENCIA Y DE AGRESIONES

La violencia doméstica contra el género femenino es un flagelo universal cuyos mecanismos han sido puestos en evidencia en los últimos tiempos gracias a diversos estudios por parte de instituciones interesadas en detenerlo o disminuirlo y a reportes investigativos que han aparecido en los medios de comunicación¹. Según un reportaje de la agencia de noticias EFE, aparecido en *La Nación* del 4 de junio de 2000, el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) denunció que 50% de las mujeres en el mundo eran víctimas de la violencia doméstica. Como fuente se mencionaba el informe “Violencia doméstica contra mujeres y niñas”, reporte en el que la autora Sushma Kapoor, mencionaba que pese a que desde la Conferencia de la Mujer en Pekín (1995) se habían adoptado medidas que condujeran a la

creación de “legislación específica” en 44 países, los malos tratos en el hogar seguían siendo el pan de cada día. Para comprender los mecanismos de trabajo de la violencia es necesario definirla y definir términos sinónimos como agresión y abuso, así como los distintos tipos de agresión que se dan. También es indispensable definir el concepto de agresor y reconocer las características de este y sus motivaciones para atacar. Finalmente, otro concepto que necesita definición es el de víctima para así poder identificar los tipos de víctima y sus motivaciones para permanecer junto al agresor y soportar los maltratos.

1. DEFINICIONES

En su tesina titulada “La mujer agredida” (1992), Hazel Barquero y Mirannia Castillo definen la violencia como “toda forma específica de fuerza que lesiona, destruye o mata. Es ciertamente un bombardeo, pero es también la ‘paliza’ que el padre da al hijo para ‘educarlo’. Violencia es el asesinato de alguien, pero no menos violento [sic] son los golpes que recibe una mujer de su compañero” (p. 15). Es tanto “la agresión física como el irrespeto psicológico, la represión política como la coerción educativa, la agresión entre la pareja o contra los niños, así como la destrucción militar” (p.14). En la *Propuesta de un plan para la atención integral a la violencia intrafamiliar para el sector salud* (1994), elaborado por el Ministerio de Salud en conjunción con la Organización Panamericana de la Salud, el Instituto Costarricense de Investigaciones y Enseñanza en Nutrición y Salud (INCIENSA), la Fundación Paniamor y la Fundación Procal, la violencia se entiende como “toda acción u omisión de una persona o colectividad en relación de poder que viola el derecho al pleno desarrollo y bienestar de las personas, y que determina una brecha entre su potencialidad y su realidad” (p. 15). Por eso contrario a como se cree popularmente, la violencia es una “práctica consciente, orientada, elaborada, aprendida y legitimada” (p. 15) de aquellos que ostentan el poder real o imaginario, es decir el poder legitimado por las instituciones sociales, económicas, política u otras, o el poder investido por un colectivo imaginario.

1 Ver los artículos más recientes sobre el tema en *La Nación*:

Britton González, Esmeralda. “Por la vida de las mujeres”. *La Nación en línea*. 21 jun. 2003. http://www.nacion.com/l_n_ee/2003/junio/21/opinion6.html

García Quesada, Ana Isabel y Enrique Gomáriz Moraga. “Por las mujeres y la sociedad”. *La Nación en línea*. 28 jun. 2003. http://www.nacion.com/l_n_ee/2003/junio/28/opinion7.html

González, Mirta, *et al.* “Conflictos que matan”. *La Nación en línea*. 29 mayo 2003. http://www.nacion.com/l_n_ee/2003/mayo/29/opinion7.html

Pochner, Debbie. “Alto a la violencia”. *La Nación en línea*. 7 mayo 2003. <http://www.nacion.com/viva/2003/mayo/07/soc1.html>

Vizcaíno, Irene. “Planean acelerar medidas contra los agresores”. *La Nación en línea*. 13 feb. 2003. http://www.nacion.com/l_n_ee/2003/febrero/13/pais6.html

2. CLASIFICACIONES

Para efectos de este estudio se combinarán las definiciones que aparecen en tres investigaciones que estudian el maltrato contra la mujer: la *Propuesta de un plan para la atención integral a la violencia intrafamiliar para el sector salud* (1994), el libro *Marital Violence: The Community Response* (1983), un estudio sobre violencia en hogares británicos, y una tesis de la Universidad de Costa Rica titulada "La mujer agredida".

- a. *El abuso o agresión física* se da cuando un sujeto con cierto grado de poder somete a otro ser humano a daños físicos no accidentales que le pueden causar desde leves moretones hasta hemorragias y traumas corporales de gran consideración.
- b. *El abuso o agresión emocional* se manifiesta en acciones intencionadas que contribuyen a socavar la autoestima o desarrollo emocional o psicológico de la víctima. Incluye participaciones verbales o acciones que tengan por finalidad ridiculizar, insultar, criticar, gritar, humillar, acusar, manipular y explotar. El abuso moral está íntimamente relacionado con el abuso emocional.
- c. *El abuso por descuido* está caracterizado por la negligencia por parte de padres o cónyuges y se manifiesta en privaciones de necesidades básicas como alimentación, techo y vestido, en inadecuada atención médica, supervisión o educación, o en inculcación de disvalores o tabúes producto de la desinformación, la saña o la ignorancia.
- d. *El abuso o agresión sexual* existe cuando se ejecuta un acto sexual sin el consentimiento de la víctima. El victimario puede ser tanto un desconocido como una cara familiar que coacciona, intimida, obliga, amenaza, fuerza o manipula a la víctima hasta que esta accede a exhibir partes de su cuerpo o a presenciar y/o a tocar partes del cuerpo

de su victimario/a, a ser penetrado/a o a penetrar genital o analmente, a dar o recibir caricias, a ver material pornográfico o a ser filmado/a o fotografiado/a en poses pornográficas, ser partícipe de un acoso sexual, una violación o un acto incestuoso.

Es importante aclarar que se tomaron en cuenta dos criterios para analizar las obras literarias, uno de método y el otro de contenido. Respecto al primero, los dos principales tipos de violencia a abordar en esta investigación son la violencia individual, perpetrada por un individuo contra otro individuo, y la violencia colectiva o masiva, perpetrada por una colectividad o por un ente que representa a tal colectividad contra un individuo o colectividad. Respecto al contenido, para efectos de este estudio se han escogido tres clasificaciones de violencia basadas en el objeto del abuso. La primera clasificación se refiere a tipos de violencia intrafamiliar y se ha escogido porque la violencia principalmente contra la mujer en sus distintas etapas cronológicas nace precisamente en el seno del hogar, el espacio en donde las relaciones familiares surgen y se desarrollan. La segunda clasificación se refiere a la violencia marital, en la cual la mujer es la principal víctima, aunque no la única. Finalmente, la tercera clasificación se refiere a la violencia contra la mujer como ser humano.

3. DE AGRESORES Y DE AGREDIDOS

Cuando la violencia es definida por el comportamiento del agresor, el principal factor a tomar en cuenta es si se involucra el uso de la fuerza física o de las amenazas para coaccionar a la víctima. Según un estudio sobre agresión humana y animal, la agresividad parece ser un comportamiento principalmente masculino en el cual tanto el nivel de testosterona como el proceso de socialización influyen (Johnson, 1976, p. 142). Cuando la violencia es definida por las consecuencias causadas a la víctima se toma en cuenta el tipo de daño o lesión infligida: física o emocional.

1. AGRESORES

Con el propósito de definir los tipos de agresor, sus características más relevantes y sus motivaciones, se utilizarán dos estudios: el libro británico sobre la violencia marital de Borkowsky *et al.*, y el libro *Psicología de la mujer: la otra mitad de la experiencia* (1995) de la norteamericana Janet Sh. Hyde. Hyde dice que no existe un perfil del agresor “típico” pues los diversos estudios que la autora cita comprueban que los agresores provienen de diversas clases sociales, profesiones y edades. Algunos factores comunes son, sin embargo, la combinación alcohol o drogas e incidentes violentos, y la procedencia de los agresores de hogares en los que la violencia era común según María Roy en *Battered Women* (1977). Otro estudio citado por Hyde, hace referencia a la diversidad de tipos de personalidad del agresor según M. Faulk en *Men who Assault Their Wives* (1974). Así Faulk cita a los agresores dependientes y suspicaces, a los violentos y pendencieros, a los dominantes, a los dependientes y pasivos, y a los estables y afectuosos. Finalmente, Hyde dice que “el episodio violento viene precedido por una discusión” (p. 374) que según el estudio de Roy pueden darse por dinero, celos, problemas sexuales, y alcohol y drogas. Borkowsky, Murch y Walker, explican en uno de los capítulos de su libro sobre la violencia marital que el término en sí, como otros autores que ellas citan (Miller 1975 y Gelles 1973) opinan, es un término muy impreciso que no acepta una definición por cuanto el término implica una amplia gama de conductas. Por eso es que Borkowsky y las otras autoras no definen al agresor sino por los factores que los llevan a atacar a sus esposas o compañeras. Los factores que ellas mencionan son (1) factores de estrés, enfermedad, discapacidad, desórdenes psiquiátricos, vivienda, pobreza, desempleo, hijos; (2) factores de personalidad: personalidad del hombre, personalidad de la mujer, la interacción entre ambos, bagaje cultural y expectativas del rol de cada uno, grado de inmadurez, problemas psicosexuales, falta de comunicación, disparidad intelectual; y (3) el factor alcohol/drogas. Ambos estudios concuerdan en que es muy difícil de definir un solo perfil de agresor y también concuerdan en

que hay una variedad de factores que llevan al agresor a cometer un abuso contra su víctima.

2. VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

En esta sección se empleará el estudio de Jane Hyde, el de Borowsky, Mush y Walker, y la tesina de Barquero y Castillo de la Universidad de Costa Rica para dilucidar el concepto de víctima de la violencia de género y sus motivaciones para permanecer al lado del agresor. Hyde opina que las mujeres maltratadas constituyen un grupo diverso, de distintas clases sociales, educación y ocupación. Borowsky *et al.*, quienes solamente estudiaron las características sociales de las mujeres, opinan que las víctimas de violencia marital provienen de grupos muy diversos de edad y grupo socio-económico, sus familias varían en número de miembros, y sus aniversarios de matrimonio o cohabitación también son muy variables. En relación con las características de las mujeres agredidas, según la tesina, estas tienen una baja autoestima, se sienten las únicas responsables del buen funcionamiento de la familia y de su relación con su compañero, justifican los malos tratos del agresor, son o se vuelven pasivas para protegerse o sobrevivir hacen lo que el agresor les pida, no cuentan con familiares o amigos que les provean apoyo, tienden a aislarse de la sociedad, dependen de la institución del matrimonio (si están casadas), no huyen del hogar aún después de un episodio violento. Por otra parte, estas mujeres no se atreven a denunciar los actos violentos por vergüenza, miedo, o culpabilidad. ¿Por qué una mujer agredida retira su denuncia o rehuye a la ayuda que había solicitado en instituciones de apoyo? Según el estudio de Borowsky y los otros, esas mujeres lo hacen porque (1) no tienen un lugar en donde vivir, (2) no quieren privar a sus hijos de un padre, (3) la crisis que las empujaron a solicitar ayuda ha quedado atrás y piensan con más calma, (4) no se sienten capaces de enfrentarse a la vida solas, (5) son intimidadas por el hombre, (6) se sienten avergonzadas, (7) perdonan a maridos o compañeros arrepentidos, (8) dependen emocionalmente de sus hombres, (9) son masoquistas o necesitan estímulos violentos para sentirse

queridas, (10) la institución de apoyo no les ofrece las soluciones que necesitan, (11) quieren amedrentar o advertir a sus compañeros por la vía legal, o (12) se reconcilian genuinamente. ¿Y por qué una mujer agredida decide quedarse a aguantar maltratos? Hyde menciona cinco motivos en orden de frecuencia según María Roy: (1) esperanza de que el marido cambie, (2) no tener a donde ir, (3) temor a represalias del marido, (4) preocupación por los hijos, y (5) dependencia económica.

B. LA LABOR DE DENUNCIA SOCIAL CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN LOS MONÓLOGOS DE LA VAGINA

A través de monólogos, entrevistas y memorias, Eve Ensler, autora de *Los monólogos de la vagina*, denuncia varios tipos de agresión que contribuyen a malograr la identificación de la mujer con su sexualidad. Siguiendo la tipología de la agresión o violencia contra la mujer propuesta en el capítulo de teoría, se hará un análisis de casos de (1) agresión física, (2) agresión emocional, y (3) agresión sexual. En algunas ocasiones estas categorías se traslapan pero la característica esencial permanece.

1. AGRESIÓN FÍSICA

Dentro de esta categoría, Ensler denuncia la violencia de género en un nivel individual y en un nivel grupal. Casos de mutilación genital, violaciones de guerra, y la práctica ginecológica e higiénica son presentadas como casos individuales en *Los monólogos de la vagina* pero en el trasfondo hay historias de agresión sistemática contra todo un grupo.

El primer tipo de violencia física a tratar es la mutilación genital practicada especialmente en África, con las serias consecuencias emocionales que esta acarrea y los efectos físicos a corto y a largo plazo. Según una fuente mencionada por Ensler, el *New York Times* del 12 de abril de 1996, de 80 a 100 millones de mujeres habrían sido sometidas a este tipo de mutilación para ese entonces. Además se estimaba que cada año en los países que apoyan esa

práctica, dos millones de jovencitas habrían sido sometidas a operaciones rudimentarias con cuchillos, navajas o vidrios quebrados cancelando así sus identidades sexuales de por vida. Ciertamente el dolor y el trauma físico que puede producir en una mujer el cortar o remover los genitales externos parcial o totalmente son indecibles, pero aún peor pueden ser las secuelas: “tétanos, septicemia, hemorragias, cortes en la uretra, vejiga, paredes vaginales y el esfínter anal” a corto plazo y a largo plazo “infección uterina crónica, múltiples heridas que pueden causar invalidez de por vida, formación de fístulas, agonía y alumbramientos de alto riesgo, y muerte temprana” (*Los monólogos de la vagina*, 2001: 68)².

Las violaciones de guerra comprenden otra categoría de agresión física en masa practicada sistemáticamente contra las mujeres de un país o área geográfica pero con la diferencia de que es considerada una táctica de guerra. Las mujeres son tratadas como objetos pertenecientes al patriarcado del país enemigo para humillar y castigar a sus hombres. Sin embargo, quienes realmente sufren los estragos son las mujeres. En el acto “Mi vagina era mi pueblo”, la protagonista describe escenas de horror en campos de violación (no de concentración como se estilaba durante la segunda guerra mundial) en las cuales los soldados y científicos introducían objetos, realizaban experimentos inhumanos y por supuesto hasta las utilizaban para apaciguar sus urgencias sexuales:

Tan fría, la vara de metal (un rifle) oprime mi corazón. No sé si van a disparar o a atravesar mi espina dorsal. Seis de ellos, monstruosos doctores con máscaras negras introduciendo botellas. Habían palos y hasta la punta de una escoba (p. 62).

Es decir, la violación de guerra no es solamente un acto de agresión sexual sino también un acto de agresión física que produce placer en el agresor porque cree estar castigando y doblegando al enemigo. Es por eso que las violaciones

2 Todas las citas han sido traducidas al español desde su versión original en inglés.

no se limitan a la penetración vaginal con el pene sólo para calmar impulsos fisiológicos, sino también para satisfacer impulsos sádicos de destrucción y matanza.

La práctica ginecológica e higiénica de occidente es denunciada por Ensler como otra manera de fomentar la violencia física contra la mujer. Así, la autora cita a la *Enciclopedia femenina de mitos y secretos*: en el siglo diecinueve las jóvenes que aprendían a alcanzar el orgasmo a través de la masturbación eran consideradas un problema médico que generalmente era tratado por medio de clitoridectomía, mientras que un joven que se masturbara no sufría una pérdida equiparable de sus órganos masculinos (65-6). De hecho, la última operación de este tipo se practicó en Estados Unidos en una niña de cinco años, en 1948. Ensler va aún más lejos al presentar un acto llamado “Mi enfurecida vagina,” en la cual la protagonista protesta contra la práctica higiénica y ginecológica de occidente y la industria de la ropa interior sensual: “Una muchedumbre ideando maneras de torturar a mi miserable, gentil y adorable vagina... Sus días transcurren fabricando productos de horror y malévolas ideas solo para maltratar a mi vagina. Esos malditos fastidia-vaginas” (p. 69). Así la protagonista se queja de los tampones, las duchas vaginales para eliminar el olor natural de la vagina, los exámenes ginecológicos, los estribos, los guantes de hule, los fríos instrumentos en el consultorio, las tangas y los ligüeros. La ira de esta mujer se debe al maltrato físico que se produce al introducir objetos extraños a la vagina, argumentando que la industria y el sistema capitalista en conjunción con el patriarcado cada vez encuentran más maneras de manipular, disfrazar y agredir la identidad sexual de la mujer. Si bien, ciertas prácticas también agreden a la mujer emocionalmente, el componente físico es el que provoca los estados de shock y la airada reacción de la mujer. El miedo a sentir “un taco de algodón seco embutido allá arriba” (70), o la experiencia de ir a la consulta ginecóloga en donde el doctor insertará el frío espéculo en la vagina, o las tangas que se meten entre las nalgas produciendo fricciones e infecciones es un tipo de violencia contra la mujer practicada por la sociedad capitalista en conjunción con

el patriarcado. Es decir, el poder económico y la ley del padre se unen para perpetrar actos violentos en contra de la mujer solo para satisfacer sus fantasías sexuales y sus ansias de control.

2. AGRESIÓN EMOCIONAL

En *Los Monólogos de la vagina*, la agresión emocional es perpetrada por medio de acciones y expresiones tendientes a humillar, manipular, y cosificar a la mujer. Lejos de causar heridas físicas, el agresor emocional se concentra en construir un clima propicio para destruir la autoestima de su víctima. Algunas veces, sin embargo, el agresor no tiene un rostro, sino que es el sistema patriarcal que se transmite de generación en generación, a veces por la mujer misma.

En el acto titulado “Porque a él le gustaba mirarla”, Ensler denuncia la mirada cosificadora del patriarcado, capaz de provocar una baja autoestima y sentimientos de “odio propio” (contrario al amor propio u orgullo) en la mujer. La protagonista del acto lo atribuye a una cultura falocentrista que le ha negado a la mujer una identificación positiva con su ser sexual:

Nuestro odio hacia nosotras mismas es solamente la represión y el odio internalizados de la cultura patriarcal... O sea, si hubiéramos crecido en una cultura en la que se nos enseñara que las caderas gordas son bonitas, todas estaríamos engullendo batidos y galletas, recostándonos y dedicándonos a engrosar nuestras caderas. Pero no crecimos en tal cultura. Yo odiaba mis caderas, y odiaba mi vagina aún más. Pensaba que era horrible. Yo era una de esas mujeres que la habían visto y, desde aquel momento, deseaba jamás haberlo hecho. Me asqueaba (p. 53-4).

La mujer aprende a apreciarse a sí misma con los ojos del patriarcado. Ha internalizado sus aspectos culturales y psicológicos. Por lo tanto tiende a mirar su vagina como un objeto sin valor. Además, no es capaz de identificarse con ella pues para la mujer su vagina es un objeto aparte.

Otra víctima de este tipo de agresión lo constituye la anciana judía de Queens del mini acto titulado “La inundación”, la cual siente una repugnancia por su vagina como resultado de un incidente verbal con un chico. Al igual que la mujer del acto discutido anteriormente, esta mujer considera a su vagina como un lugar desconectado de su anatomía. Para ella, es tan solo un sótano húmedo, maloliente y mohoso que fue clausurado el día en que descubrió su sexualidad. La excitación causada por el beso de su pretendiente causó oleadas de “pasión, un río de vida la inundó toda y atravesó su calzón” (p. 27) y habría arruinado el auto nuevo del chico, provocando su disgusto y asco: “Andy dijo que olía como leche agria y que estaba manchando el asiento de su auto. ‘Yo era una chica maloliente y rara’, dijo él” (p. 27). A partir de ese instante, la entonces jovencita, acalla sus pasiones para jamás volver a experimentar otro momento vergonzoso como aquel y jamás, hasta el día en que Ensler la entrevistó, esta mujer volvió a hablar acerca de su sexualidad.

También la mujer de “El taller de la vagina” es víctima de la agresión emocional y como las dos mujeres anteriores tiene sensaciones de incomodidad al enfrentarse con el espectáculo visual de su vagina. Es la ignorancia de su potencial sexual, sin embargo, lo que la hace ver su vagina como un objeto más, como “un gran punto negro con pequeñas líneas moviéndose alrededor” como un “hoyo negro en el espacio”, como un “vacío anatómico que chupaba partículas y objetos de los alrededores erráticamente” (p. 44). El no haber visto su vagina sino hasta cuando tomó el taller y el jamás haber pensado en su vagina más que como un objeto aislado de su anatomía son hechos que contribuyen a cosificar y a disminuir su sexualidad. Es la desinformación producto de un sistema que no se interesó en darle a conocer los aspectos diversos de su anatomía y de sus funciones reales lo que se interpreta como agresión emocional. No solo las acciones sistemáticas sino la ausencia de una acción propiamente son ejemplos de agresión, agresión al derecho a saber, a experimentar, a ser.

Los tabúes sexuales también se constituyen en maneras de agredir el complejo emocional femenino. Así, el solo hecho de nombrar al

órgano sexual femenino es una práctica tabú para muchas personas. La protagonista de “El club de la vulva” aprende desde su infancia al lado de su nana, a llamar a su vagina con nombres insulsos, que lejos de reivindicarla la cosifican. Antes de aprender a llamarla su “cosita”, la niña jamás se había atrevido a siquiera mencionar su vagina, mucho menos darle un nombre como sí lo hacía con sus muñecas o juguetes. El nombre de “cosita” caracteriza, de este modo, a su vagina como insignificante, tímida, silenciosa, pasiva, incapaz, de modo que la mujer llega a un punto en que está como inerte, muda, ida: “Una noche, mi esposo y yo estábamos en el acto. El la llamó: ‘Ven acá, mi cosita’ y ella no le respondió” (p. 88). Es por petición de la mujer, que el esposo aprende, como ella aprendió de su nana, a llamar a la vagina con nombres cosificantes y degradantes que la hacen sentirse completamente desalentada y sin una identidad sexual definida.

Otro tabú sexual denunciado por Ensler, es el tabú del inicio de la menstruación. En “Yo tenía doce años. Mi madre me abofeteó”, las diversas voces de niñas púberes y de adolescentes describen períodos de confusión causados por la vergüenza de la primera menstruación, el desconocimiento de las implicaciones reales de esta etapa de transición en el desarrollo sexual de la niña, y las creencias populares desperdigadas por la cultura patriarcal. La bofetada de la madre es una acción simbólica tendiente a recordarle a la iniciada que ya no es una inocente niña y que las decisiones que tome a partir de ese momento traerán desgracias o bienestar a la comunidad: “Quince años. Mi madre dijo: ‘Mazel Tov’. Me abofeteó en la cara. No sabía si era algo bueno o malo” (p. 38). La primera menstruación marcará, así, el doble estatus de la mujer como potencial mujer de mala vida que va en contra de los designios de la sociedad o potencial mujer sumisa que cumple con sus responsabilidades comunitarias.

Finalmente, otro tabú sexual lo constituye la prohibición de tocarse o dejarse tocar la vagina. En “La pequeña vagina que pudo” una niña de cinco años aprende a horrorizarse de solo rascarse su “cosa”. La voz “atemorizante, sonora, amenazante” de su madre la inhibe completamente y para siempre por lo que aún

cuando la niña desea tocarse no lo hace sino que muy al contrario viste varios calzones a la vez o se aplica curitas para tapar y ocultar esa parte que no se debe tocar. Cuando cumple siete años la niña se enfrenta a la ira de una madre que en lugar de consolarla le grita por haber permitido que alguien le tocara allá abajo. Sin embargo, lo que la madre ignora y no pregunta es que un niño bravucón le había dado un fuerte puñetazo, no una toqueteada lasciva. La ignorancia de esta madre, muy probablemente de clase baja, provoca en su hija sentimientos de culpa relativos a su sexualidad, marcando de manera negativa el crecimiento psicosexual de la niña quien a los doce años, y después de un par de episodios de desgarre accidental y de violación, mira su vagina como “un lugar de dolor, suciedad, golpizas, invasión y sangre. Un lugar de mala suerte” (p. 79).

3. AGRESIÓN SEXUAL

En este apartado se discutirán dos tipos de agresión sexual, la violación, y los problemas psicosexuales. En el prefacio a “La pequeña vagina que pudo”, Enslar denuncia las prácticas sistemáticas de violación e incesto contra “mujeres sin hogar”, mujeres provenientes de los estratos más bajos de la sociedad, en cuyos hogares sufrieron los horrores del incesto y que fueron violentadas por hombres que se movían en esos círculos aprovechándose a veces de su cercanía con la familia de las víctimas. Aún más, como dice Enslar, “debido a su clase social, estas mujeres no tienen acceso a terapia u otros métodos de curación. El abuso repetido últimadamente carcome su autoestima, haciéndolas caer en las drogas, la prostitución, el sida, y en muchos casos, hasta la muerte” (p. 76). Es decir, que a falta de adecuados programas de protección y de sanación, la sociedad deja que estas mujeres se hundan más en una cadena de sordidez y desgracia que les impedirá progresar y liberarse. Esta cadena de sordidez y desgracia es ejemplificada por una mujer negra del sur de los Estados Unidos quien protagoniza el doloroso vía crucis de las diversas etapas de la agresión (emocional, física y sexual) hasta llegar a ser violada por el mejor amigo de su padre a los

diez años. A los cinco aprende que tocarse o rascarse la vagina es tabú, a los siete un golpe recibido en ese delicado órgano la hace sentirse como si todo su ser se resquebrajara, a los nueve es llevada al hospital para coserle un par de puntadas en la vagina, como resultado del poste que se mete al brincar alocadamente sobre la cama. Pero lo peor que le pasa es la escena de miedo y dolor que vive durante la violación y después de esta: “estoy segura que ahora si se está cayendo a pedazos mi vagina” (p. 79).

Otro caso de agresión sexual lo constituye el caso relatado en el mini acto titulado “Vello”. El esposo quiere placer sexual a toda costa sin tomar en cuenta los sentimientos de su esposa. El hombre desea que su esposa se afeite el vello púbico para poder darle más deleite durante el acto sexual. Para la mujer, la acción de descubrirse esa área de su anatomía la transporta a su infancia y la hace sentirse indefensa como una niña. Asimismo, la fricción le provoca dolores, raspones e inflamaciones. Al rehusarse a seguir afeitándose, el esposo le es infiel, por lo cual ambos terminan en una terapia de pareja. La terapeuta toma partido con la institución patriarcal al aconsejarle a la esposa que anteponga el placer del marido sobre sus emociones porque “el matrimonio es un compromiso” (p. 10). Al tratar de obligar a su esposa a complacerlo sexualmente, el hombre está suprimiendo la identidad sexual de su esposa. De este modo, la mujer experimenta una regresión en su desarrollo psicosexual al sentirse asexuada e infantil.

4. AGRESORES

Entre los tipos de agresores a los que Eve Enslar hace alusión hay agresores bastante “atípicos” puesto que la mayoría de los casos de violencia no se da dentro de la institución del matrimonio. Otro factor a la hora de considerar a ciertos agresores que aparecen en *Los monólogos de la vagina* como poco típicos lo constituyen los dos estudios mencionados en el apartado de teoría: el libro británico sobre la violencia marital de Borkowsky, *et al.*, y el libro *Psicología de la mujer: la otra mitad de la experiencia* de la norteamericana Janet Sh. Hyde.

En ellos, las autoras sugieren causas que llevan al agresor a perpetrar actos violentos y proveen un perfil de típicos casos de agresores masculinos. Sin embargo, al no endilgarles razones o personalidades individuales a la mayoría de sus agresores, Enslar denuncia sutilmente esos casos individuales y los de toda una colectividad en los que la violencia de género genera como resultado mujeres inseguras, traumatizadas, avergonzadas, reprimidas, silenciosas, en suma, mujeres incompletas.

Entre los casos de violencia intrafamiliar más comunes o registrados están el esposo dominante, los padres o cuidadores ignorantes o descuidados, y el violador incestuoso. El marido dominante y machista del acto titulado "Vello" protagoniza un caso clásico. El esposo es el típico agresor violento por la manera feroz y egoísta en como le hace el amor y en como le afeita el vello púbico descuidadamente, haciéndola sangrar en varias ocasiones. A él no le importan los sentimientos de su mujer, sino la satisfacción sexual propia. Y son precisamente los problemas sexuales los que lo impulsan a agredir la autoestima de su esposa y a desear controlarla. Por otra parte los padres ignorantes que hacen que sus hijas se sientan culpables también son típicos agresores que a veces respaldan la institución patriarcal inconscientemente. A veces, estos padres creen firmemente que ayudan a sus hijas al inculcarles tabúes sexuales que más bien las inhiben y avergüenzan, retrasando o deteniendo así, el desarrollo normal de la identidad sexual de las niñas, como en el caso de la madre que abofetea a su hija al menstruar por vez primera o como la madre que regaña a su hija por tocarse "allá abajo". Este también es el caso de la nana en "El club de la vulva" que enseña a la niña a llamar a su vagina "cosita". Demasiada rigidez al aplicar la inculcación de valores y actitudes también puede resultar en seres acomplexados que se creen sucios o inadecuados o incompletos. Este es el caso de la mujer de "La pequeña vagina que pudo". Probablemente mujeres como la de "Por qué a él le gustaba mirarla" y la de "El taller de la vagina" tuvieron padres o nanas de este tipo. Finalmente, el violador se aprovecha de su grado de familiaridad con la víctima para perpetrar el infame hecho como en el caso de la niña de

"La pequeña vagina que pudo". Sin embargo, otros factores pueden incidir en los casos de violación como una inadecuada supervisión de la niña a veces por la división de responsabilidades de padres separados, a veces por alcoholismo o drogas. Todos estos agresores tienen algo en común: tienen una relación cercana con la víctima por lo cual se puede clasificar a estos agresores como agresores intrafamiliares.

Entre los casos más atípicos pero no menos dañinos de agresión contra la mujer se encuentran pretendientes materialistas, el odio racial, los médicos y científicos, el sistema capitalista, la sociedad, y la institución patriarcal. El pretendiente judío representa el materialismo de la sociedad norteamericana que idealiza imágenes de poder del chico adinerado con su automóvil nuevo y su bella chica, dentro de las cuales no hay cabida para fenómenos que al excitarse sexualmente dejan un olor nauseabundo y una mancha permanente en la perfección de tal imagen. La práctica médica y científica se constituye en una práctica agresora que soporta un sistema socio-político patriarcal. Así en África y en Bosnia escenas de mutilación son apoyadas por gobiernos que buscan someter a la mujer o al enemigo racial. Tanto en consultorios improvisados como en laboratorios científicos se dan tales escenas de horror por medio de las cuales un eje de poder pretende suprimir el deseo sexual y a veces castigar a su víctima. El sistema capitalista también tiene su cuota de responsabilidad en esta búsqueda de agresores, pues las agresivas campañas de publicidad de productos que las mujeres en realidad no necesitan para darle otra "personalidad" a sus vaginas, en realidad atentan contra la identidad sexual de la mujer.

5. VÍCTIMAS

Lamentablemente, hay todo un espectro de adjetivos para definir el estado de las víctimas de agresión física, emocional y sexual de *Los monólogos de la vagina*. Estas son mujeres inseguras, traumatizadas, avergonzadas, aterrorizadas, acomplexadas, con sentimientos de culpa infundados, silenciosas, reprimidas, resentidas, a veces hasta envenenadas por todo el

dolor que sienten, lisiadas, incompletas, perturbadas, invadidas, amenazadas, y disminuidas entre otro montón de calificativos. Así como los estudios indicados en el apartado de teoría lo revelan, la víctima de la violencia de género pertenece a un grupo bastante diverso, no solo por su procedencia sino también por la gran variedad de sentimientos en ellas encontrados. Desde niñas hasta ancianas, desde mujeres blancas hasta mujeres negras, asiáticas y judías, desde mujeres heterosexuales hasta lesbianas, desde mujeres en África hasta mujeres en Bosnia y Estados Unidos, desde mujeres solteras hasta mujeres casadas, todas esas mujeres que protagonizan los monólogos han sido el objeto de toda una sociedad que ha sistematizado prácticas de agresión contra la mujer que van desde manifestaciones sutiles hasta los más virulentos casos de violencia. El resultado se percibe en niñas acomplejadas que crecen en un ambiente poco propicio para un desarrollo saludable de su identidad psicosexual ya sea por prohibiciones de no verse, tocarse, o nombrar su vagina (tabúes sexuales), o por hechos violentos de naturaleza sexual que perturbaron sus psiques (incesto, violación, infibulación o circuncisión femenina). Como consecuencia, emergen mujeres adultas incómodas consigo mismas como seres sexuales que son, mujeres que desconocen su identidad sexual porque aprendieron a odiarla o a temerle o porque les fue arrebatada, y que en el más extremo de los casos llegan a la tercera edad habiendo suprimido toda traza del ser sexuado que una vez fueron. Otras víctimas de agresión contra la mujer que se desarrollaron plenamente durante su niñez y que se sienten plenamente seguras de su identidad sexual, se sienten amenazadas por el sistema, como la mujer que se queja de la práctica higiénica y ginecológica. De un modo u otro, las mujeres de *Los monólogos de la vagina* son seres incompletos en busca de esa parte faltante.

C. LA LABOR DE DENUNCIA SOCIAL CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN HOMBRES EN ESCABECHE

Si *Los monólogos de la vagina* reflejan el flagelo de la violencia contra la mujer en sus

formas más amplias y generales, *Hombres en escabeche* muestra ejemplos más específicos de agresión tanto contra la mujer como contra el hombre, con nombres y personalidades. La obra de Ana Istarú es la historia de Alicia, una mujer que ha crecido en la actual sociedad latinoamericana, en donde el doble estándar es pan de cada día. Las actitudes permisivas hacia ciertas conductas sexuales tradicionalmente masculinas provocan tremendas reprimendas si las mismas proceden de la mujer. Este machismo se manifiesta en varios tipos de agresión: (1) emocional, (2) por descuido y (3) sexual que llevan a la protagonista por un proceso de fragmentación interna, un largo viaje que sin embargo tiene resultados esperanzadores. Así como Eve Ensler denuncia el maltrato hacia la mujer desde una perspectiva norteamericana, Istarú hace lo propio desde una perspectiva latinoamericana con un toque de humor muy suyo pero a la vez revelando otro fenómeno moderno: la agresión contra el hombre.

1. AGRESIÓN POR DESCUIDO

Alicia crece totalmente desinformada, teniendo que recurrir, la mayoría de las veces, a fuentes poco confiables que distorsionan la realidad y le inculcan falsas visiones y valores. Tanto el padre como la madre tienen su cuota de responsabilidad en el caos informático en que Alicia vive: la madre por cumplir con el papel asignado por la sociedad patriarcal pasiva y sumisamente, y el padre por su actitud machista e irresponsable al evadir sus funciones como protector y guía. Es así como Alicia rellena las brechas informativas con lo que aprende en la calle y en la escuela, de otros tan informados como ella o de otros igualmente desinteresados en enseñarle los conceptos correctos.

Su madre es un personaje completamente invisible. Se le menciona pero no tiene vida propia sobre las tablas. La madre es incapaz de cumplir con su responsabilidad en la educación sexual de su hija. De ese modo, Alicia prácticamente crece sin la guía ni el cariño de su madre. Y con más preguntas que respuestas transita por su niñez, tratando de rellenar los vacíos con verdades a medias y conceptos errados. “Un

alma piadosa”, como llama a la televisión, le enseña a Alicia “la verdad” del acto sexual: un hombre y una mujer gruñendo y gimiendo en una habitación de un prostíbulo (*Hombres en escabeche*, 2001, pp. 73-4). En otra ocasión, después de ser amonestada una y otra vez por no sentarse con las piernas cerradas, Alicia cree que ha descubierto la razón: los hombres pueden realizar la micción de pie, las mujeres no, según ella misma lo pudo comprobar. Ese fracaso lo atribuye en su mente infantil al hecho de no poseer un pene, en lo que en términos freudianos se cataloga como “envidia del pene”. Es así como justifica las tareas “femeninas” que le imponen en el hogar, la libertad de su hermano de rehuir esas labores, y la preferencia de su padre por el hijo varón (pp. 66-7). Es este hermano, quien la ayuda a hacerse una idea imprecisa de la utilidad de aquel “huequito que no servía absolutamente para nada” (p. 70):

Andrés: Eso sirve para que entren y salgan los bebés.

Alicia: (Aterrada) ¿Para que entren? ¿Para que salgan?

Andrés: Me lo dijo Mauricio y su papá es doctor, así que él lo sabe todo. Los papás meten al bebé que es chiquitico, chiquitico, chiquitico, más chiquitico que el dedo pequeño de una hormiga, y luego se engorda, se engorda, y se engorda, hasta que no cabe más y se sale [...] el doctor lo está esperando con un maletín especial [...]

Alicia: ¡Pero qué bruto que sos! Claro que no nacen en un maletín, tarado. ¡Todo el mundo sabe que nacen por el ombligo! (pp. 71-72).

Ni las clases de educación sexual ni el profesor de biología contribuyen a aclarar su confusión. Las palabras técnicas empleadas para referirse a los elementos de la anatomía sexual humana (escroto, uretra, glande, gónada, vulva, pubis, hipófisis, coito), son todavía más inescrutables y no despiertan su imaginación (p. 72). Mientras que la explicación científica de

cómo se aparean los sapos no le ofrece un paralelismo aplicable al caso de los seres humanos (p. 73). Durante dos momentos claves en la etapa de transición de Alicia de niña a adolescente, la madre se limita a comentarios que poco ayudan a la chica:

Mis galleticas de maicena comenzaron a hacerse cada vez más visibles, hasta que las insolentes miradas masculinas me indicaron la inminencia del sostén. Busqué a mamá. ‘No tengo tiempo’ me dijo, mientras restregaba la camisa de papá como quién aplica un tormento. ‘Ocupate vos de eso si tan grande te sentís’ y me puso un billete en la mano (pp. 74-75).

El otro momento clave en la consecución de su “título de señorita” es la primera menstruación: “Me hice mujer de la noche a la mañana, cuando un buen día, después de un agónico dolor de barriga, descubrí en mi ropa interior unas tímidas manchitas marrón y es-carlata. ‘¡Hola!’ me dijeron. ‘Buenos días mujercita’. Ante lo cual la madre simplemente replica: “Pobrecita, ya comenzaste a sufrir” (p.79) y le advierte que se cuide de los hombres y no se siente con las piernas abiertas. Con madres como esta no hay duda del por qué Alicia crece como un ser incompleto.

Por otra parte, el padre, siempre ignoró a su hija desencadenando en ella el complejo freudiano de Electra. La obra comienza cuando Alicia, vestida como novia dice que toda su vida ha estado esperando por un hombre, pues jamás tuvo uno que pudiera llamar suyo:

[...] estaba papá. Que tampoco era mío... La cosa triste (ahora puedo decirlo sin que me afecte) (*se nota que la afecta*) es que creo que nunca le gusté a papá. El nunca me encontró bonita. Ni siquiera me encontró fea. De hecho, nunca me encontró: yo era invisible para él. Transparente. Como la gelatina dietética, que nadie la prueba por insulsa. Insulsa Poca-cosa, así debió llamarme (p. 66).

El padre jamás se aprendió el nombre de su propia hija, a la que llamaba cada vez de una

manera diferente: Beatriz, Paulita, Débora, Penélope, María. De igual modo jamás la escuchó o le puso atención, sin importar que el tema con el que Alicia iniciara la conversación fuera el descubrimiento de que hombres y mujeres tienen diferentes órganos sexuales, su primera menstruación, el rompimiento con el primer novio, o la pérdida de su virginidad. Su indiferencia solo inflamó el deseo de Alicia por lograr su atención de maneras que no contribuyeron a un crecimiento positivo. Primero, cree que ser como su hermano Andrés, es decir una experta en juegos bruscos, maldiciones y torturas animales, le ayudarán a lograr el reconocimiento de su padre, pero falla. Así Alicia se decide a convertirse en una mujercita femenina. Después comienza a involucrarse con hombres por las razones equivocadas, es decir, por encontrar el cariño que su padre siempre le negó. Y así va por la vida, hasta que harta del dolor y del desamor, busca a su hombre en escabeche para reclamarle por la indiferencia del padre.

Para poder entender el proceder de la hija, debemos comenzar por analizar el proceder de la madre y la ausencia eterna del padre. ¿Por qué es la madre un ser invisible que rechaza a su hija como si fuera una plaga? ¿Por qué es la hija un ser en eterna espera por un hombre? Ambas preguntas tienen una respuesta: porque en las sociedades patriarcales el hombre evade conectarse a tareas tradicionales de la mujer tales como la crianza de los hijos, evadiendo así intimar y descubrir el mundo interior de la mujer, creando en el proceso mujeres que esperan que el ser masculino lo sea todo en sus vidas. De su eterna obsesión por poseer un hombre, Alicia dice que siempre quiso tener uno desde pequeña (p. 66). Así aunque tenía un hermano, no era realmente de ella, sino de su madre. En contraste, Alicia dice que estaba su padre pero que jamás había sido suyo, ni siquiera de su madre. El hermano es considerado una posesión de la madre solo por el hecho de provenir de su cuerpo. Pero el padre no es de ninguna, es solo una presencia que todo lo cubre y lo llena, ahí está, existe, pero que no puede ser asida y retenida, por lo que es, paradójicamente, ausente. De este modo, las ausencias repetidas del padre desencadenan dos casos de agresión en los que la madre y, en particular, la hija son afectadas.

2. AGRESIÓN EMOCIONAL

La agresión emocional en *Hombres en escabeche* se manifiesta por medio de figuras masculinas que destruyen el candor de Alicia. Comenzando por un padre que siempre la ignoró o que nunca la comprendió, y pasando por diferentes hombres a los cuales recurre para llenar el vacío que dejó la figura paterna, Alicia finalmente llega a una etapa en la cual solo existen reproches y desprecio hacia el género masculino y desesperanza. Del padre ya se sabe las variadas maneras en que descuidó a su hija, descuidos que causan las primeras heridas en la psique de Alicia. Se forma así un complejo, denominado por Sigmund Freud complejo de Electra, que la empujaría desesperadamente a diferentes tipos de hombres en los cuales buscaría un sustituto del padre y una gratificación para su alma desmoralizada. En el primer novio como colegiala busca al instrumento de su venganza: aquel con el cual cree que podría deshacerse de una vez por todas del apego al padre que ella llama “despechado y doloroso edipo femenino” (p. 86), y muy en el fondo, llamar la atención del padre, lo cual no consigue ni cuando se lamenta ante aquel del primer rompimiento. Lamentablemente, como bien dice el dicho: el tiro le sale por la culata, pues a pesar de que es el primer hombre que se sabe su nombre, este le resulta un “canino compulsivo” (p. 93) de esos que tienen una “novia pulcra, digna de ser presentada a mamita”, y por otro lado, una novia de esas que “podía comerse al novio entero, sin cubiertos y con mostaza” (p. 94). Por ser del primer tipo, Alicia sale con todas las de perder: “Este meteórico noviazgo fue, pues, mi segunda decepción amorosa, contando mi fracaso inicial con papá. Tenía el corazón lleno de escoriaciones varias y el ego totalmente fracturado” (p. 97), y aún más cuando descubre que su padre también tiene otra mujer, “la versión humana del spaghetti alla putanesca, arrabbiata, con aglio, acciughe e molto peperoncino” (p. 100). Sin embargo, tristemente Alicia se da cuenta de sus desventajas: “¡Yo, que no llegaba ni a lasaña de espinacas! Me sentía fea, me sentía flaca, me sentía gorda, me sentía más bruta que un queso ricota” (p. 101). El tercer fracaso de Alicia sucede con el filósofo,

en una etapa más madura de su desarrollo personal y sexual, en la cual una vez más, Alicia persiste en su deseo de provocar una reacción en su padre. El proceso de transformación de la lasaña de espinacas en spaghetti alla putanesca comienza en la etapa universitaria, cuando Alicia decide estudiar filosofía y comienza a frecuentar a intelectuales liberales. El filósofo representa la filosofía patriarcal de irresponsabilidad y desapego que los hombres como el padre, el primer novio, y el filósofo ocultan bajo un disfraz de paternidad, madurez, e independencia, respectivamente. El vivir en su apartamento de soltero y el rechazo a costumbres sociales como la fidelidad y el noviazgo son la excusa del filósofo para seducir a Alicia e iniciarla sexualmente. Inocentemente, Alicia espera amor y cariño para llenar esos huecos que su padre y el primer novio dejaron. Pero en el proceso, pierde no solo la virginidad sino también la esperanza y la confianza en los hombres, lo cual golpea fuertemente su abollada autoestima: “Me sentía triste, me sentía tonta, me sentía torpe. Una tarada sexual, con mi cajita de fósforos ahogada por el aguacero. Eso era el amor: un hombre haciendo lagartijas encima mío” (p. 111). El cuarto hombre de su vida, el músico, pese a amarla profundamente no es capaz de dejar su vida bohemia e insegura para responder por Alicia y por el bebé que espera. Como producto de las relaciones sentimentales con cuatro hombres que representan distintas etapas del desarrollo emocional o psicológico de Alicia, emerge un ser descontento consigo misma que ha soportado el ridículo, críticas, insultos, manipulaciones, explotación sexual y hasta desamor. Es interesante resaltar que cada vez que Alicia rompe con una de sus relaciones sentimentales, emite muestras de desprecio, primero algo tímidas, hasta deshacerse en insultos cáusticos hacia esos hombres. De esta manera muestra su frustración y enojo al no poder conservar ni tan siquiera a un hombre en escabeche como los que siempre deseó.

3. AGRESIÓN SEXUAL

La agresión sexual en *Hombres en escabeche* se manifiesta en el deseo incontrolable

del macho por poseer a la hembra que manifiesta actitudes que trasgreden su conducta estereotipada femenina. El primer beso, visitar a un hombre soltero en su apartamento o comentar abiertamente la pérdida de la virginidad con otro hombre son tres excusas que los agresores sexuales de la obra de Istarú sostienen para saltar apasionadamente sobre la mujer con intenciones, a veces fallidas, de consumir el acto sexual. El primer beso de Alicia es el resultado de un plan premeditado del novio. Este finge ser alérgico a las nueces que contiene una galleta confeccionada por Alicia: “¡Aire! ¡Aire! ¡Me pica! ¡Me ahogo! (*Trata de desabotonarse la camisa. Ella lo ayuda y se topa con su pecho desnudo. El aprovecha la ocasión y la abraza y le besa el cuello*)” (p. 90). Tras lo cual verdaderamente se atraganta. Cuando la tensión subsidia, él le pide un beso que la convierte en “devota del culto de Afrodita” (p. 92) y la hace cuestionar los valores sociales de la decencia y la virginidad. Sin embargo, Alicia es todavía incapaz de franquear los límites que separan a la pulcra novia de la “otra” y por lo tanto el novio la abandona. Convertida en toda una estudiante universitaria, Alicia conoce a otro agresor sexual, su primer amante. Los trucos del filósofo son más sofisticados que los del primer novio e incluyen caricias que invaden el espacio personal de Alicia, copas de vino, y su discurso seductor de hombre liberado. El desfloramiento de Alicia se convierte en un forcejeo entre sus mojígatos valores religiosos y la falsa sabiduría del “filósofo” quien insiste en nombrar pensadores clásicos mientras se concentra en alcanzar el clímax:

Filósofo: ¡por Hesíodo y las leyes de la naturaleza! Inspírame, Heráclito, Sócrates, Demócrito [...]

Alicia: ¿Qué te pasa?

Filósofo: Nada, me estoy concentrando. (Continúa) Platón, Aristóteles, Epicuro, Santo Tomás de Aquino [...]

Alicia: ¡Santa Eduviges!

Filósofo: ¡Por favor, dejá de mencionar santos! (p. 110).

A fin de cuentas, el filósofo no es más que un “pésimo violador” (p. 109) como se autodenomina mientras trata de hacerle el amor a Alicia. Su autosatisfacción es más importante que el proporcionarle a Alicia momentos placenteros. El siguiente patán en la lista de agresores sexuales de Alicia es el Yupi, un tipo pretencioso que desea congraciarse a base de historias infladas acerca de sí mismo. En su primera cita, cuando Alicia le cuenta su historial de desamores, cándidamente comenta sus relaciones sexuales con el filósofo con lo cual despierta la lascivia del yupi: “¡Esta Alicia que no quebraba ni un plato! (Ríe) ¡Sinvergüenza!... Mirá... conozco un lugar encantador, un paraíso escondido en la montaña. Podríamos ir este fin de semana” (p. 137). Pero contrariamente al pasado, esta vez Alicia se defiende y abandona al yupi en el restaurante no sin antes ridiculizarlo. Los tres hombres reflejan la actitud machista que juzga a la mujer que ya ha traspasado ciertos límites impuestos por la moral.

4. AGRESORES

Al igual que en *Los monólogos de la vagina*, en *Hombres en escabeche* hay dos tipos de agresores básicamente: intrafamiliares y extrafamiliares. Pero mientras que la obra de Eve Ensler da motivo para analizar todo un espectro de casos de agresión por la naturaleza de la obra que está matizada por diversas vivencias de diferentes mujeres, la obra de Istarú permite un análisis que se concentra principalmente en una persona victimizada por diferentes tipos de agresores, la cual a su vez repite el ciclo de violencia. Los típicos agresores intrafamiliares son el padre irresponsable e infiel, la madre que repite el ciclo de agresión sin darse cuenta que tiene opciones, y la mujer misma quien al desconfiar del hombre y adoptar actitudes feministas destructivas culpa a todos los hombres por sus desgracias pasadas. El padre de familia, cuando es irresponsable como el padre de Alicia, arremete no solo contra su compañera sino también contra el producto de la unión, los hijos. Esto a su vez afecta a toda la familia, de modo que el ciclo de agresión se repite en cada uno de los miembros. La madre, si es como la

de la obra, simplemente replicará el descuido e irresponsabilidad, incrementando la inseguridad de la hija, quien aprenderá a desconfiar de su pareja por vivencias familiares pasadas. Además, esta última aprenderá a responsabilizar al hombre y a tener expectativas irrealistas, lo cual repercutirá emocionalmente en las relaciones de pareja. Entre los agresores extrafamiliares se encuentran los novios o amantes que representan y repiten actitudes patriarcales. El primer novio, el filósofo, el yupi y el músico son todos egoístas que piensan en su bienestar y que le niegan a Alicia sentimientos positivos esenciales para su crecimiento como un ser completo. Lealtad, fidelidad, entrega, solidaridad, compromiso, libertad, sinceridad, apoyo y respeto de las diferencias (p. 157-8) le son negados a Alicia por hombres en quienes una vez creyera. Aún el músico, en quien Alicia creía haber encontrado el amor verdadero, rehuye a sus responsabilidades de padre y compañero sentimental. Aduce pobreza y falta de preparación para escapar del compromiso de la vida en el mundo real para sumergirse de nuevo en su mundo de sueños irreales y romance. Entonces deja a Alicia con la preocupación de ser madre, un sueño que sin embargo, se frustra al abortar involuntariamente. El principal agresor es, sin embargo, el padre pues marca la senda de sufrimiento por la cual Alicia tropezaría una y otra vez hasta creer encontrar el amor de su vida.

5. VÍCTIMAS

Si en *Los monólogos de la vagina*, las víctimas de agresión constituyen todo un contingente que incluye grupos variados en cuanto a etnicidad, edad, profesiones, procedencia y preferencia sexual, en *Hombres en escabeche*, las víctimas pertenecen a un rango familiar más limitado. Así, las víctimas del ciclo de violencia familiar y extrafamiliar lo constituyen madres ignorantes que perpetúan la ideología patriarcal por miedo o anquilosamiento, hijas que van por el mismo camino, sufriendo primero, un calvario de experiencias que destruyen sus ilusiones, su virginal candor, sus valores, sus ansias de maternidad, y hombres en escabeche que sufren por el desprecio de la

mujer y que desean romper con el ciclo. La obra se llama *Hombres en escabeche* en alusión a las ansias insatisfechas de Alicia, quien desde su niñez sufre del desprecio de un padre irresponsable y de una madre ignorada por su cónyuge, y quien ha sido agraviada de muchas maneras por hombres que quiso amar. El complejo de Electra que se formó en su psique la hace desear poseer un hombre propio a como dé lugar, un hombre que pueda conservar como pepinillos u otra verdura en escabeche. Es decir, una relación estable y duradera que no se vaya a echar a perder pronto como le sucedió no una sino cinco veces. Sin embargo, su anhelo se convierte en amargura y desprecio por los desdichados, malparidos, ampollas, pústulas, bodrios, amorcidas, egodictos y puercólatras (p. 120) a quienes más tarde cínicamente trata de bisexuales (p. 138) y travestis (p. 141). Finalmente, cuando se encuentra con el desconocido que busca afanosamente a la novia, lejos de lanzarse en sus brazos, Alicia se muestra agresiva, burlona e irritante. Se desquita con él como si fuera la suma de todas sus frustraciones y él se muestra como digno oponente refutando sus acusaciones.

Alicia: (burlona) Así que busca una mujer. Qué excentricidad.

Desconocido: (irritado) ¿Por qué? ¿Le molesta?

Alicia: ¿Tiene usted al menos idea de lo que quiere una mujer?

Desconocido: Tengo una idea precisa y exacta de lo que una mujer quiere. Así que si me permite... (intenta marcharse de nuevo).

Alicia: Si tuviera una idea tan clara ya la habría encontrado, ¿no le parece?

Desconocido: Mire, no sé quien es usted ni qué pretende...

Alicia: ¿Será tal vez lealtad, fidelidad, entrega, solidaridad, compromiso?

Desconocido: ¿Realmente quiere saber lo que espera una mujer de un hombre? Una casa, dos carros y un sueldo en dólares (pp. 157-58).

Sin percatarse de sus acciones e intenciones, Alicia comienza a agredir al desconocido simplemente por el hecho de ser un hombre en busca de una mujer con la cual pueda comenzar una vida nueva. Después de tantos fracasos amorosos su primer instinto es defenderse aún antes de ser atacada. Su actitud es tristemente la misma actitud que muchas mujeres de la sociedad moderna adoptan en las relaciones de pareja. Si bien la mujer usualmente se lleva la peor parte en actos de agresión física y sexual, especialmente, el hombre es victimizado emocionalmente de una manera menos conspicua pero igualmente destructiva³. En *Hombres en escabeche*, la agresión contra el hombre es sugerida hacia el final de la obra. Al parecer, la mujer del desconocido primero lo obliga a un matrimonio forzado, después lo abandona sin explicaciones, lo separa de su hija, y es despojado de algunos bienes mancomunados a los que debía tener derecho como “el menaje de la casa, los regalos de la boda, la computadora y el tostador. Y un gato angora” (p. 160). Al fin, Alicia y el desconocido se dan cuenta que los dos han estado sufriendo por malas decisiones de sus anteriores parejas y que la culpa no debe endilgársele a cualquiera solo por ser hombre o mujer. Ambos han sido las víctimas no de una sociedad, sino de individuos con poca voluntad que han perpetuado la violencia de género.

3 Véase los siguientes artículos:

Díaz, Ronald. “Los hombres si lloran”. *La Nación en línea*. 28 mayo 2003. <http://www.nacion.com/viva/2003/mayo/28/portada.html>

García Quesada, Ana Isabel y Enrique Gomariz Moraga. “Alto a la guerra de los sexos”. *La Nación en línea*. 17 mayo 2003. http://www.nacion.com/In_ee/2003/mayo/17/opinion6.html

Jiménez, Yuri Lorena. “Varones acorralados”. *La Nación en línea*. 8 jun. 2003. <http://www.nacion.com/dominical/2003/junio/08/dominical0.html>

Vargas, Alejandra. “Cuando canta la gallina”. *La Nación en línea*. 19 feb. 2003. <http://www.nacion.com/viva/2003/febrero/19/portada.html>

En Costa Rica, pese a los esfuerzos de instituciones gubernamentales y otras instancias como el Instituto Nacional de las Mujeres (INAMU), el Centro de Investigación en Estudios de la Mujer (CIEM), Universidad de Costa Rica (UCR), el programa de Maestría en Estudios de la Mujer que manejan en conjunción la UCR y la Universidad Nacional (UNA) la Defensoría de los Habitantes, el Programa “Mujer no estás sola” de Cefémica, el Fondo de Igualdad de Género de la Agencia Canadiense de Cooperación Internacional, y la Comisión Permanente Especial de la Mujer de la Asamblea Legislativa, la violencia contra la mujer, lejos de ceder, aumenta. Inclusive un nuevo fenómeno ha tomado fuerza en los últimos tiempos: la violencia contra el hombre. Si la legislación no se perfila como una respuesta a corto plazo que pueda disminuir la tasa de mortalidad y los trastornos psicológicos causados por este flagelo, ¿por qué no comenzar por educar a la población? Este análisis de *Los monólogos de la vagina*, escrita por la actriz y dramaturga norteamericana Eve Ensler, y de *Hombres en escabeche* de la actriz y dramaturga costarricense Ana Istarú ha demostrado que la violencia de género es un fenómeno sin distinción de edad, grupo étnico, inclinación sexual y en los últimos tiempos hasta de sexo. También es una práctica tanto individual como colectiva, es decir, de un individuo contra otro con menos poder, o de una colectividad contra individuos. Del mismo modo, la violencia de género adopta formas conspicuas como la agresión física o la agresión sexual, pero también adopta formas más sutiles como el descuido o la agresión emocional o psicológica. Es por eso que uno de los objetivos de la investigación es en un futuro cercano utilizar las obras de Ensler y de Istarú como modelos de un proceso curativo por el cual la mujer agredida debería atravesar. El primer paso es identificar la violencia, los agresores y las víctimas en sus variadas formas. El segundo paso será tomar algunas medidas que de alguna forma puedan romper con el ciclo de agresión: talleres, cursos, ciclos de conferencias y un proyecto de Trabajo Comunal Universitario que tengan como fin reducir a la población universitaria y entrenar a los profesionales y estudiantes para que ellos a su vez reeduquen a la población costarricense.

BIBLIOGRAFÍA

- Barquero G., Hazel, y Mirannia Castillo S. “La mujer agredida”. *Tesina*. San José, Costa Rica: UCR, Facultad de Educación, Escuela de Bibliotecología y Ciencias de la Información, 1992.
- Borkowsky, Margaret *et al.* *Marital Violence: The Community Response*. London and New York: Tavistock Publications, 1983.
- Dominus, Susan. “Eve Ensler Wants to Save the World”. *The New York Times Magazine*. Feb., 10, 2002. pp. 30-33.
- EFE. “50% de mujeres en el mundo agredidas”. 4 junio 2000. *La Nación*. P. 43.
- Ensler, Eve. (1998). *The Vagina Monologues*. The V Day Edition. New York: Villard, 2001.
- Hyde, Janet Sh. (1991). *Psicología de la mujer: la otra mitad de la experiencia humana*. Trad. Pablo Manzano. Madrid: Ediciones Morata, 1995.
- Istarú, Ana. *Baby Boom en el paraíso/Hombres en escabeche*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2001.
- Ministerio de Salud, *et al.* “Propuesta de un plan para la atención integral a la violencia intrafamiliar para el sector salud”. Taller de consulta y grupo de trabajo para la propuesta escrita. Hotel Costa Rica, San José. 5 Agosto 1994.
- Rojas, Miguel. “Un acercamiento a la perspectiva de tres dramaturgos en Costa Rica: Samuel Rovinsky, Ana Istarú y Leda Cavallini”. *Escena* 14 (30): 1992, 35-39.
- Wasserman, Gina. “Monólogo sobre la sexualidad femenina”. *La Nación en línea*. 15 Ago. 1999. www.nacion.com/ancora/1999/agosto/15/ancora4.html